

Esteban Rey_El tormento onírico

La noche cayó sobre la ciudad, y con ella vino la oscuridad. Ana se acurrucó en su cama, temerosa de dormir, pues sabía que en sus sueños la esperaba un terror apabullante.

Ana era una chica sencilla que hacía poco que había terminado sus estudios en arte y había decidido independizarse, pero no confiaba en encontrar trabajo en el campo en el que se había especializado a pesar de la pasión que le transmitía y no tuvo más remedio que buscarse un trabajo para mantener el alquiler y sus gastos. Desde hacía tiempo se sentía abarrotada y angustiada por la carga inmensa de trabajo que tenía que soportar. Trabajaba 10 horas diarias en unos almacenes de mobiliario, transportando cargas de aquí para allá día tras día. Su jefe tenía a todos los trabajadores bajo un mandato insoportable y Ana se veía obligada muchas veces a hacer horas extra sin poder hacer nada al respecto. Había días en los que apenas podía sentir sus piernas, tanto así que hacía poco había tenido graves magulladuras y su jefe le tuvo que dar algunos días de rehabilitación a regañadientes. Durante estos días la joven había estado bajo una tensión enorme que no podía describir, a pesar de ser días de descanso.

Por las noches, empezó a perder el sueño, hasta un día de profunda ansiedad en el que cayó redonda sobre su cama. A partir de aquel día empezó a experimentar terribles pesadillas recurrentes, y cada noche el terror se intensificaba. En sus sueños, un demonio la perseguía por un oscuro laberinto, siempre a la caza de su alma. Ana se despertaba gritando y sudando, pero no podía sacudirse la sensación de que el demonio la estaba observando incluso en la realidad.

La habitación estaba sumida en la oscuridad, pero Ana no podía dormir. Se levantó de la cama y encendió la luz, pero incluso la luz no podía disipar su miedo. Sabía que necesitaba ayuda, pero no sabía a quién acudir. Se sentó en la cama, tratando de calmarse, y decidió que intentaría dormir de nuevo.

Cerró los ojos y respiró profundamente, tratando de relajarse. Pero no había pasado más de unos minutos cuando el sueño la envolvió. La joven se encontró en el laberinto de siempre, un lugar oscuro y siniestro, donde las sombras se movían y los sonidos eran extraños y desconocidos. Y allí estaba el demonio, su figura oscura y amenazadora a lo lejos, avanzando hacia ella con pasos pesados y firmes.

Ana corrió, tratando de escapar, pero no importaba cuánto corriera, sentía como si sus piernas no avanzaran a pesar de estar corriendo tanto como podía, se sentía a cámara lenta, huyendo lentamente mientras sentía al demonio siempre ahí, persiguiéndola lentamente y sin descanso. Sentía su aliento agotarse sin poder dar más de sí, lentamente quedándose sin fuerzas, cada paso le parecía un kilómetro y con los sonidos cada vez más extraños y cercanos se sentía desfallecer sin remedio. Finalmente, y para su momentáneo alivio, se topó con una puerta, una puerta que parecía haber surgido de la nada. La joven abrió la puerta y entró, cerrando la puerta detrás de ella.

La habitación era pequeña y oscura, iluminada solo por una vela. Ana se giró para mirar la puerta, pero se dio cuenta de que estaba sellada por completo. Se volvió hacia la vela, tratando de encontrar algo de consuelo en su luz tenue.

Pero entonces, vio una figura en la oscuridad, una figura que se acercaba

lentamente hacia ella. La figura se acercó a la vela, y Ana se dio cuenta de que era el demonio, su rostro oscuro y siniestro iluminado por la llama.

El demonio se acercó a Ana, y ella intentó retroceder, pero no había a donde ir, estaba totalmente petrificada y a merced del demonio. El demonio se inclinó hacia ella, su aliento caliente y apestoso en su rostro, junto a sus rojos, y penetrantes ojos como cuchillos que la juzgaban sin intención de piedad alguna formaban una espeluznante vista que la dejó sin aliento. Ana cerró los ojos entre lágrimas, esperando lo peor, aunque ya, sin esperanza alguna se sobrevivir se sintió aliviada por primera vez desde hacía mucho tiempo.

Pero entonces, algo extraño sucedió. El demonio se detuvo, como si hubiera sentido algo extraño. Se alejó de Ana y la miró fijamente, como si estuviera tratando de entender algo. Ana abrió los ojos y se dio cuenta de que algo había cambiado, algo que ella no podía explicar.

De repente, el demonio desapareció, y Ana se encontró en su cama, sudando y temblando. Miró alrededor, tratando de entender lo que acababa de pasar. Estaba desesperada y ya no sabía que más hacer, pero por primera vez en mucho tiempo se sintió determinada a enfrentarse al demonio.

Ana se dio cuenta de que no podía seguir viviendo así. Necesitaba encontrar una solución antes de que fuera demasiado tarde. Decidió buscar ayuda y fue a ver a una médium que le recomendó realizar un ritual para alejar al demonio.

Ana siguió las instrucciones al pie de la letra, pero al final del ritual, el demonio apareció en su sueño de nuevo, más amenazante y vengativo que nunca.

La joven estaba al borde del colapso, no podía más con la situación. Fue entonces cuando recordó que su abuela, ya fallecida, le solía contar historias

sobre fantasmas, raptos y demás historias sobre lo paranormal, le había hablado de un curandero muy sabio que vivía en las montañas. Ana no comprendía aquellas historias de cuando era una pequeña niña, pero estaba empezando a entender la relación de su abuela con aquellas terribles anécdotas. Sabía que le quedaban muchos días de descanso, así que decidió partir esa misma noche hacia las montañas en busca del curandero.

El camino hacia la montaña era largo y agotador, pero Ana no se detuvo. Con el corazón latiendo con fuerza y la esperanza en su mente, siguió avanzando por el camino empinado y peligroso.

Después de una larga caminata, finalmente encontró la cabaña del curandero. Él escuchó su historia con atención y le explicó que el demonio era un ser maligno que se había alimentado de su miedo y que la única manera de vencerlo era enfrentándolo directamente.

El curandero guió a Ana a través de una serie de ejercicios para controlar su mente y enfrentar sus miedos. Le enseñó a reconocer sus debilidades y a superarlas, y le prometió que si lograba enfrentar al demonio, este desaparecería para siempre.

Ana comenzó a entrenar arduamente y a prepararse para volver a soñar, mientras el curandero le protegía de las pesadillas bajo su presencia. Sabía que no sería fácil, pero estaba dispuesta a todo por deshacerse de esa pesadilla que la había estado acosando durante tanto tiempo.

Ana se adentró en su sueño y encontró al demonio en el oscuro laberinto que siempre había perseguido sus sueños. Esta vez, sin embargo, se enfrentó al

demonio con valentía y determinación. Se concentró en su entrenamiento con el curandero, controló su miedo y lo enfrentó directamente.

El demonio rugió con furia al verla, pero Ana no se inmutó. Se plantó firme frente a él y lo desafió a una lucha. El demonio aceptó y comenzaron a pelear en el oscuro laberinto.

Ana se movía con agilidad, esquivando los ataques del demonio y golpeándolo con fuerza cada vez que podía. Se sentía capaz de cualquier cosa, como si flotara. Sabía que aquello era un sueño y que nada ni nadie tenía poder sobre ella, además, sentía algún tipo de presencia que la estaba apoyando, aunque no podía entender exactamente que era. El demonio, por su parte, parecía estar perdiendo fuerzas, como si la determinación de Ana estuviera drenando sus fuerzas.

Finalmente, Ana logró vencer al demonio con un golpe certero. El demonio se desvaneció en la nada, dejando a Ana en el oscuro laberinto sola.

Ana despertó en su cama, sintiéndose más tranquila y segura que nunca.

Sabía que la situación en su trabajo no podía seguir así.

Se sentó en su cama, intentando entender lo que había pasado en su sueño.

Se dio cuenta de que había estado luchando contra su miedo y su ansiedad durante demasiado tiempo, y que necesitaba buscar ayuda para superarlos.

Decidió que hablaría con su médico y buscaría tratamiento para su ansiedad y sus problemas de sueño.

Al día siguiente, Ana hizo una cita con su médico, quien le recomendó un terapeuta y le recetó algunos medicamentos para ayudarla a dormir mejor.

También hablaron sobre la necesidad de reducir su carga de trabajo y su estrés, y Ana decidió que era hora de buscar otro trabajo, uno que no fuera tan exigente, además de presentar una denuncia ante las autoridades protestando sobre el abuso de su jefe.

Con el tiempo, Ana pudo superar su ansiedad y sus problemas de sueño con la ayuda de su terapeuta y el apoyo de su familia y amigos. Aprendió a manejar su estrés de manera efectiva y encontró un trabajo más equilibrado y satisfactorio. Y aunque nunca volvió a tener ese sueño con el demonio, sabía que si alguna vez volvía a tener miedo o ansiedad, tenía las herramientas necesarias para hacerles frente.